

Alas rotas y el jardín de la incompreensión:

Una súplica por el abrazo educativo

Curso 2024-25

"Todavía estaba lejos, cuando su padre le vio; y sintiendo compasión de él corrió a su encuentro y le recibió con abrazos y besos."

Lucas 15:11-32

Un curso se va, y con él, la promesa de alas para todos. Pero algunos, al borde del nido, miran la partida sin poder alzar el vuelo. No porque les falte el corazón, no porque no ansíen el cielo, sino porque el suelo, a veces, es un laberinto sin hilos.

El dolor de quien repite no es pereza, es un eco en el pasillo vacío. Un eco de noches en blanco, de tareas incomprendidas, de la mirada esquiva ante el libro que no se abre. ¿Quién ve la batalla silenciosa, la mente que corre sin rumbo, la mano que duda al escribir la letra que no encaja? Se les juzga en claustros redondos, con papeles fríos y palabras cortantes. *"Falta de esfuerzo"*, se dice. Pero ¿qué es el esfuerzo cuando no hay una brújula en la tormenta, ni una luz que guíe en la oscuridad de la incompreensión?

Hay quienes no tienen en casa el faro, ni la voz que calme la tormenta de los deberes. No hay manos que expliquen la suma, ni paciencia que desentrañe el misterio de la historia. Son marineritos solitarios en un océano. Un curso se desvanece, como un sueño que se rompe al alba. Para muchos, es el viento bajo las alas, el impulso hacia lo nuevo. Pero hay quienes, en este final, sienten el suelo temblar bajo sus pies, mientras el mundo a su alrededor, su mundo, parece seguir adelante sin ellos, no hay mayor congoja.

Ya sabemos que no todos los cerebros son iguales, ni todos los corazones laten al mismo compás. Hay quienes nacen con la melodía en el alma, y otros que luchan por encontrar el ritmo, por entender la sinfonía de los números o el enigma de las palabras. Se les mira, a menudo, como piezas que no encajan en el gran engranaje. *"No llegan"*, se dice, sin mirar el esfuerzo invisible, la mente que batalla con conceptos que para otros son tan claros como el agua. No es falta de voluntad, es la propia naturaleza, caprichosa en sus dones, generosa con unos, austera con otros. Y en esa diferencia,

se esconde la soledad más profunda. (¡Hagan lío!, porque esto suena a los futuros descartados)

El dolor de repetir no es solo el fracaso académico; es el eco de una partida. Los amigos, esas constelaciones que iluminaron los días, se alejan hacia una nueva órbita. Las risas compartidas, los secretos susurrados, las complicidades de la infancia, todo eso se vuelve un recuerdo lejano, un susurro en el viento. La silla vacía en el aula es también la silla vacía en el alma, un hueco que duele más que cualquier nota roja. Y con cada despedida, la autoestima se quiebra un poco más, como un cristal que se resquebraja. "¿Soy *menos*?", se preguntan. "¿No *valgo lo mismo*?". Y el mundo, a veces, les responde con un silencio ensordecedor.

Que se mire a esos rostros cansados, a esos ojos que guardan tormentas. Que se entienda que la inteligencia tiene mil formas, y que el valor de una persona no se mide en aprobados. Que se les extienda la mano, no para juzgar, sino para construir. Porque la verdadera educación no es la que selecciona y descarta, sino la que eleva y abraza, la que cura las heridas invisibles y les recuerda que, a pesar de las dificultades, cada uno de ellos es un universo inmenso, digno de ser explorado y amado, no bodegas de exigencias para ser llenadas en barcos de papel que se hunden al primer embate. Y luego, en la sala de juicios, se les condena sin conocer la travesía. Sus errores no son fracasos, son las cicatrices de una lucha desigual, de una soledad que pesa más que todos los libros juntos.

La idea de que un estudiante "*no se merece aprobar*" si "*no hace nada*" es una semilla venenosa que se siembra en el jardín de la educación. Es una sentencia fría, pronunciada sin comprender el suelo donde esa semilla intenta germinar. Son, es un eco de la oscuridad, un reflejo de nuestra incapacidad para ver más allá de la superficie.

¿Qué es "*Hacer Nada*"?

¿Qué significa "*no hacer nada*"? ¿Es la inmovilidad del cuerpo en la silla? ¿Es la mirada perdida en el vacío mientras el maestro explica? O es, acaso, una lucha interna invisible, un abismo de incomprensión donde el estudiante se ahoga en silencio. A menudo, lo que percibimos como "*no hacer nada*" es en realidad una parálisis del alma, una rendición ante un mundo académico que no entiende o que lo abruma. Puede ser la manifestación de un miedo profundo, de una ansiedad que bloquea, de un hogar donde el silencio es la única respuesta a las preguntas. de tareas entregadas o de horas sentadas. El merecimiento es un derecho inherente al ser humano, a la oportunidad de aprender y crecer. Aprobar no es un premio por un rendimiento perfecto, sino un paso en el camino de la vida, una mano tendida para que nadie se quede atrás. Desterrar la idea de "*no merecer*" es sustituir el juicio por la curiosidad, el

castigo por la comprensión. Es preguntarse: "*¿Por qué no hace nada?*", en lugar de sentenciar: "*No se lo merece*". Es indagar en las profundidades de la dificultad, en los obstáculos que la vida o la propia mente han puesto en su camino.

Exigir no es amontonar tareas, ni apretar la tuerca de la obligación. Exigir, en su delicado y profundo sentido, es amar más y mejor. Es ver la pequeña semilla que busca la luz, no la hierba que aún no ha crecido. Es una invitación silenciosa a la verdad que reside en cada ser, la belleza que la prisa y el juicio suelen oscurecer. La exigencia que libera, no la que encadena. Es el jardinero que sabe que la flor necesita paciencia y el agua justa, no un tirón brusco.

Sembrar compasión, cosechar potencial. Quizá, la verdadera tarea del educador no es la de un juez, sino la de un jardinero. Un jardinero no arranca una planta que no florece de inmediato; investiga el suelo, la luz, el agua. Quizás la planta está enferma, quizás necesita un tipo diferente de abono, o simplemente más tiempo. (Aprovechando este párrafo, como un Umbral cualquiera que habla de su libro, os dejo un enlace a las incorporaciones nuevas a un librito musical que regalé hace unos años por entregas de correo electrónico titulado [Abecedario jardinero por correo para docentes](#))

Educar es entender que cada persona lleva consigo un universo de circunstancias y capacidades. Es comprender que el éxito académico es solo una de las muchas maneras de medir el valor de un ser humano. Al eliminar esta noción de "*merecimiento*" basado en la productividad visible, (coincidente por cierto, con nuestra sociedad, "*tanto produces, tanto vales*", y que no tiene para nada en cuenta, por decir algo, la red de cuidados que *no produce*, esa, generalmente en manos femeninas, que cuidan de lo que más queremos, por ejemplo, nuestros mayores) abrimos la puerta a la posibilidad, a la esperanza y al potencial que reside en cada corazón. Porque el verdadero arte de educar no es el de aprobar o suspender, sino el de revelar la luz que ya existe en cada niño, incluso en aquellos que parecen estar en la más profunda oscuridad.

Cuando hablamos de un alumno que "*no hace nada*" o que "*parece no esforzarse*", a menudo la primera reacción es etiquetarlo de vago o jeta. Pero quiero invitarte a mirar más allá de esas etiquetas, a profundizar en la complejidad de lo que realmente puede estar sucediendo. Un alumno no es vago, ni jeta; sencillamente, "*no sabe*": no sabe cómo aprender, no sabe cómo pedir ayuda, no sabe para qué sirve, no sabe manejar sus emociones.

La pereza es un síntoma, no una causa. No se trata de excusar la inacción, sino de iluminar el camino hacia el conocimiento que le permitirá actuar.

Piensa en ello: ¿por qué un niño querría deliberadamente no participar o no aprender? La inacción, o lo que percibimos como tal, rara vez es una elección consciente por la pereza. Más a menudo, es una manifestación de una ignorancia más profunda, una falta de "saber" que va más allá de no conocer la respuesta a una pregunta.

No sabe cómo aprender: Puede que el alumno no tenga las estrategias de estudio básicas. No sabe cómo organizar su tiempo, cómo tomar apuntes efectivos, cómo abordar un problema complejo o cómo concentrarse en un entorno con distracciones. Para él, el simple acto de "estudiar" es un misterio sin resolver.

No sabe que no sabe: A veces, el alumno ni siquiera es consciente de lo que le falta. Puede que asuma que ha entendido un concepto, solo para descubrir que la base es inestable. O peor aún, puede que tenga un miedo tan grande a equivocarse que prefiera no intentarlo antes que exponer su desconocimiento.

No sabe cómo pedir ayuda: El orgullo, la vergüenza o simplemente la falta de confianza pueden impedir que un alumno levante la mano y diga "*no entiendo*". No saben cómo verbalizar su dificultad, o asumen que pedir ayuda los hará parecer menos inteligentes.

No sabe para qué sirve: Si un alumno no ve la relevancia de lo que se le enseña, o no conecta el aprendizaje con su propia vida, le faltará la motivación intrínseca. No sabe por qué debería esforzarse en algo que percibe como inútil o desconectado de su realidad.

No sabe manejar sus emociones: La ansiedad, el aburrimiento, la frustración o incluso problemas personales pueden consumir la capacidad mental de un alumno, dejándole sin energía para el aprendizaje. No sabe cómo gestionar esas emociones para que no interfieran con su rendimiento.

Si un alumno parece no hacer nada, es porque no sabe qué hacer, cómo hacerlo, o por qué hacerlo.

Por los que se ahogan en la orilla, por los que no encuentran el ritmo, por los que la vida ha dejado sin red de seguridad. Que se mire más allá de las notas, de las faltas, de los números. Que se vea el alma, frágil y sedienta de comprensión, de una mano extendida en medio del caos. Que se recuerde que la verdadera evaluación no es la que condena, sino la que rescata, la que ilumina el camino para que, un día, todos, absolutamente todos, puedan alzar el vuelo.

¿Cómo podemos, como educadores y como sociedad, extender esa mano para que nadie se quede atrás?